

SERMON.

EL AMOR DE LOS ENEMIGOS ES DE PRECEPTO.

PARA EL VIERNES DESPUES DE CENIZA.

(DE GONZÁLEZ.)

Audistis quia dictum est : diliges proximum tuum et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis : diligite inimicos vestros.

Oísteis que se dijo : amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo.
Mas yo os digo : amád á vuestros enemigos.

S. Mateo, c. 5. v. 43 y 44.

Lamentable desgracia es por cierto que ofuscados nuestros carnales ojos con el brillo de la hermosura falaz de que exteriormente se hallan revestidos los bienes de este mundo, nos dejemos por fin seducir, y lleguemos á satisfacer el deseo de gozarlos; que atraídos de la suave dulzura de la miel de que los suponemos llenos, nos decidamos á gustarla tragando el fatal veneno oculto y mezclado en ella. Lamentable desgracia es, repito, pues por unos gustos tan momentáneos, por una hermosura tan frágil y aún aparente, por un interes vilísimo nos cegamos hasta el punto de precipitarnos en el mayor abismo de miserias. Pero es sin comparacion mas doloroso que muchas veces sin interes que nos mueva, sin placer que nos atraiga, sin belleza que nos deleite, nos dejemos arrastrar, por las instigaciones de la soberbia, del desordenado amor propio, á un pecado que nada tiene que no sea deforme y fiero aún en el exterior; á un pecado enemigo de la salud, ajeno del honor, contrario á la tranquilidad; á un pecado, que reprueba la recta razon, detesta la humanidad, y condena terminantemente la Religion de Jesucristo; al odio implacable, al rencor desapia-

dado, á la cruel venganza. Vicio monstruoso, diametralmente opuesto al precepto que nos impone Jesucristo en su Evangelio, de amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos aborrecen, y orar por los que nos persiguen y calumnian.

Diametralmente opuesto; porque si nuestro enemigo nos quitó el honor ó la fama con su injusta murmuracion, si nos ultrajó con palabras un tanto denigrativas, si nos causó algun perjuicio, aunque leve, en nuestros intereses, aprovechamos la primera ocasion que se nos presenta, para descubrir los defectos que mas le deshonoran, procurando tal vez aumentar su deformidad, si es que no tenemos la grosera osadía de inventarlos, de suponer vicios que jamas ha cometido; y todo esto con el depravado fin de degradarle, de envilecerle en la opinion de sus amigos y compañeros, y aún de procurarle las burlas é insultos de los mas atrevidos. En esto ciframos nuestra satisfaccion, este es nuestro mayor placer. Qué locura! Mírate, soberbio vengativo, mírate con cuidado, despues de conseguida tu venganza, no en el espejo de la Religion ni en el de tu conciencia, sino en el de la razon y la humanidad; y dime ingenuamente: qué ventajas has reportado? cuáles son los frutos que has recogido? ha adquirido mayor nombre tu reputacion? recobraste tu honor perdido? has logrado acrecentar tus intereses? Pero, ay! que regularmente sucede lo contrario.

Yo pudiera recordaros los tristes resultados de la venganza para moveros á abandonarla, á renunciar para siempre á un medio tan degradante como insuficiente para recobrar el honor ó los intereses perdidos; pero quiero mas bien excitaros al amor de vuestros enemigos con el ejemplo y el precepto de Jesucristo, por ver si de este modo consigo mayores frutos.

Dignáos, Señor, darme acierto y eficacia, para inculcar en el corazon de mis feligreses el precepto mas propio y peculiar de vuestra Religion santa; pero el mas olvidado y aún aborrecido de los fieles: el mejor practicado en vuestra vida y muerte, y al que nos exhortáis con mayor ahinco. Vuestra amorosa Madre se digne interceder en favor nuestro, pues al efecto la rezamos el *Ave Maria*.

Infeliz situacion la del pecador! Declarado por la culpa enemigo de Dios y hecho objeto de su indignacion, ¿qué seria de

él, si el mismo Señor, á quien ha ofendido, no le tendiera su mano protectora para sacarle de tan lamentable estado? Percería sin duda. Pero, ay! que desgraciadamente olvida que todo lo debe á la misericordia infinita de su Dios, y aún tiene la ingratitud de rebelarse temerario contra su mismo bienhechor; contra aquel Dios que por un puro efecto de su bondad le ha dado el ser, la gracia y los bienes que le enriquecen, y le promete la gloria que le hará feliz: contra este Dios se rebela el hombre ingrato. Qué vileza! qué alevosía! Pero ¡qué bondad, qué paciencia, qué misericordia la del Señor! Al mismo tiempo que así le desprecia la miserable obra de sus manos, le prepara él, le ofrece, le franquea nuevos, mayores beneficios. Cuando el vil se está fabricando su ruína y su condenacion eterna, compadecido este Dios amoroso de la miseria que todavía no conoce él, está formando el asombroso proyecto de darle su mismo Hijo para su remedio. El Dios de la majestad se humilla, el Criador se hace hijo de una criatura, el Eterno nace muchos siglos despues de criado el mundo, el Inmenso se encierra en la pequeña cárcel de una madre Virgen, Dios se hace hombre, solo porque el hombre pueda reconciliarse con Dios.

Ó caridad incomparable de mi Dios! ¡Ó feliz y dichosa culpa, diré con la Iglesia santa, que mereció un redentor de tanto precio, de tanta dignidad y excelencia! Ó culpa! tú fuiste necesaria para conseguir el conocimiento correspondiente á nuestra debilidad del amor inmenso, de la caridad infinita, de la misericordia incomparable del Señor. Yo le ofendo, y él me busca amoroso para conducirme á su gloria; le injurio, y se humilla para dar la satisfaccion que yo debo; le aborrezco, y me pone en la precision de amarle; intento despojarle de sus bienes, y generoso me da todo su ser dándose á sí mismo. Me espanto, me horrorizo al considerar la ingratitud del pecador; pero aún es mayor mi asombro, cuando miro la paciencia, la misericordia de mi Dios. Su generosidad se aumenta en proporcion á nuestra ingratitud: cuando mas injurias recibe, se postra ante su eterno Padre y le ofrece la oracion mas fervorosa por nuestro remedio. Cada gota de sangre que derrama, es un manantial de gracias y beneficios para nosotros; y en cambio de la muerte que le damos, nos ofrece una vida feliz y bienaventurada. Sin esperar á que reparemos la ofensa, él mismo nos busca, nos

llama, satisface nuestra deuda, nos proporciona la mas fácil reconciliacion, nos convida con su amistad y con su gloria, y nos otorga el perdon mas cumplido de todos nuestros delitos, en el momento mismo que queremos.

Esta es y ha sido siempre la conducta del pecador con su Dios, y de Dios con los pecadores. Y ¿es posible que no amemos de corazon á semejante abismo de bondad? ¿que no sirvamos con el mayor ahinco á esta fuente inagotable de amor? ¿que no imitemos un ejemplo tan edificante de paciencia y resignacion? ¿que no perdonemos de corazon las injurias de nuestros hermanos? ¿que abriguemos el cruel veneno del rencor y la venganza?

Débil mortal, criatura miserable, ¿son acaso hechura de tus manos los que te han ofendido? ¿Es infinita por ventura la distancia que média entre tu dignidad y su vileza? Vuélvete en horabuena furioso contra la víbora que te ha mordido, y contra la zarza que te ha lastimado: acaba con la vida de aquella, y arroja esta al fuego para que no vuelvan á molestarte. Pero contra el hombre! contra el hijo de tu mismo Padre! contra el miembro de tu mismo cuerpo! contra el individuo de tu misma naturaleza! ¡contra el hombre, obra de un mismo Dios, redimido con una misma sangre, llamado á una misma Religion, criado para una misma gloria! — Ah! que las fieras se arrojen enfurecidas sobre su presa y la despedacen, aunque ningun daño les haya causado, nada tiene de particular, porque ni conocen mas felicidad que el deleite de sus sentidos, ni mas ley que la de la fuerza, ni mas regla que su comodidad propia. Pero el hombre, cuya razon le demuestra con claridad, que la venganza es contraria á su naturaleza, puesto que cuanto es mas cruel y vengativo, tanto es mas inhumano ó ménos racional; que el hombre, que desde su nacimiento tiene grabada en su corazon la ley de la clemencia y mansedumbre; que el cristiano, discípulo de un Señor tan paciente y benigno, y que conoce la imposibilidad de conseguir el perdon de sus delitos, miéntras no perdone él las injurias y profese un amor verdadero á sus enemigos; que este hombre, olvidado de sus deberes sociales y religiosos, abrigue en su interior el espíritu de venganza, se deleite en conservar el rencor y la enemistad, esto es lo que arrebatá justamente mi admiracion. Y en verdad ¿qué motivo os ha dado para esto vuestro prójimo? por qué le negáis vuestra

amistad? ¿por qué habéis roto las relaciones con él? por qué huís de su presencia? ¿Á qué ese empeño de publicar sus defectos, y ese disgusto que os causa el elogio de sus bellas cualidades? ¿De qué proviene ese interes que os tomáis en derribarle, destruyendo su hacienda y denigrando su reputacion? ¿Os mueve á esto su malicia, su crueldad, su vida desarreglada y escandalosa? Pero en ese caso debierais separar el vicio de la naturaleza, el defecto de la humanidad; porque muy bien se puede amar entrañablemente al hombre, aborreciendo al mismo tiempo sus crímenes. Debierais en cumplimiento de vuestro deber, procurar sacarle por todos los medios posibles de estado tan lastimoso, para que todo cuanto en él quede, sea amable á vuestros ojos. De lo contrario seria aumentar el mal exasperándole, provocando nuevamente su ira y colocándole cada dia en nuevos precipicios.

Pero, ay! yo no puedo ocultaros una reflexion á que da lugar vuestra conducta. ¿En qué consiste que hasta que os ha injuriado, no habéis advertido esas debilidades, esos defectos que siempre ha abrigado? Cuando conservaba vuestra amistad, era tan injusto, tan blasfemo, tan cruel, tam impío como ahora; y á pesar de eso no os parecia tan odioso y despreciable, buscabais pretextos con que cohonestar ó excusar sus vicios, y á lo mas os compadecia su situacion; pero no abandonabais por eso su amistad. Llegó por fin á alcanzaros su injuria, os causó un leve daño, y esto solo fué suficiente para excitar vuestro enojo, vuestro odio contra él: ya os creéis autorizados para llenarle de dieterios, para infamarle, para romper con él. No es pues el celo de la honra de Dios, ni el bien espiritual de vuestro prójimo, sino la injuria que os ha hecho, lo que os mueve á obrar así. Vuestro interes, vuestro amor propio, vuestra vanidad son las teas que han encendido en vuestro corazon el fuego implacable de la venganza.

Ah vil mortal! gusano despreciable! qué conducta tan criminal y detestable es la tuya! Compara la injuria que has recibido con la que has hecho: ¿qué supone tu honor, tu fama, tus intereses, tu vida misma en que puede haberte ofendido tu hermano? Nada si se compara con la majestad de Dios, á quien has ofendido tú. Mide la desigualdad que puede haber entre ti y tu enemigo, y la mil veces infinita distancia que hay de Dios á ti. Examina los títulos que obligan al hombre á complacerte, y los

justísimos é innumerables motivos que tiene Dios para exigir de ti la mas ciega obediencia, la gratitud mas humilde, la mas inviolable fidelidad. Observa tu conducta para con él, y la de tu Dios para contigo. Qué oprobio, qué confusion! Indigno eres del renombre glorioso de discípulo de Jesucristo, de aquel Señor, cuya conducta debieras imitar y cuyas leyes te es preciso obedecer. Dirás acaso que su conducta es un portento de caridad, tanto mas inimitable cuanto mas asombroso; y así es en verdad, hablando del exceso infinito de su amor. Pero Dios, dice san Agustin, jamas ha mandado á los hombres cosas imposibles, ántes bien en el mero hecho de imponernos el precepto, nos da á entender que, si á cumplirlo no alcanzan las débiles fuerzas naturales, lo conseguiremos fácilmente con los auxilios de su gracia soberana, que nunca nos niega.

Pero es preciso distinguir entre el precepto y el consejo. Nos aconseja el Señor, sin imponernos obligacion alguna, aquellas obras heroicas que arrebatan justamente nuestra admiracion en los modelos de santidad; como el que hagamos con nuestros enemigos las demostraciones mas expresivas de un amor fino y verdadero; que si recibimos de ellos una bofetada en la mejilla derecha, les presentemos la izquierda, por si quieren hacer lo mismo; que expongamos la misma vida, si es necesario para conservar la suya. Pero nos manda expresamente amarlos, nos manda hacerles bien y rogar por ellos. Si los hombres, dice, ciegos con su orgullo y amor propio, se contentan con amar á los amigos, juzgando que les es permitido aborrecer á los enemigos, yo que soy la sabiduría de Dios, os aseguro que estáis obligados á amar de corazon indistintamente á unos y á otros, y pagar con beneficios y oraciones las injurias y calumnias de estos, como los servicios y amistad de aquellos. Y á la verdad, prosigue, si no tuvierais obligacion de amar sino á los que os aman, ¿en qué os diferenciariais de los gentiles? El bárbaro mas idiota, el ateaista mas ciego, el salvaje mas estólido, todos aman sin dificultad á sus amigos. Los irracionales, aún aquellos que se hallan inclinados á la ferocidad, suelen halagar algunas veces, y hasta lamer la mano á sus bienhechores, obrando contra su natural inclinacion. Si pues el cristiano no estuviera obligado á mas, ¿en qué consistiria la excelencia de su Religion? en qué se distinguiria de los brutos? ¿Cómo podria llamarse hijo de aquel Padre celestial, que lleno de amor hace que el astro

del día extienda sus rayos benéficos sobre los buenos y los malos, y envía las lluvias oportunas para remedio y consuelo del pecador, lo mismo que del justo?

Qué reflexion tan eficaz contra el odio y la venganza! Piérase seguramente por este vicio el esclarecido nombre de hijos de Dios, y la dichosa porcion de su herencia, como lo asegura el Crisóstomo, fundado en las palabras mismas del Salvador. Todos los pecados, añade, serán perdonados al que perdona de corazon las injurias de sus prójimos; y lo mismo dice Jesucristo por san Mateo (1). Y ¿es posible que os parezca dura é impracticable esta obligacion? aún dudaréis que es un verdadero precepto? Cerrád por un momento los groseros ojos de la carne y abrid los del espíritu; ahogád dentro de vosotros mismos las perniciosas instigaciones del amor propio, y atendéd solo á las saludables voces de vuestra conciencia; y reflexionád con detencion los bienes que os produce la odiosa venganza. Una satisfaccion llena de encono y de crueldad; un fiero deleite, que bien examinado os horroriza á vosotros mismos; una orgullosa complacencia que os hace despreciables y odiosos á los ojos de Dios y de los hombres; un honor fundado en la infamia de vuestros hermanos; una vanagloria apoyada en el abatimiento de vuestros semejantes; un leve interes comprado á costa de la ruína de vuestros prójimos; un ignoble placer, que solo dura aquel corto espacio que la desapiadada ira tiene embargada vuestra razon, pero que pasado este os avergüenza, os confunde, os atormenta con crueles remordimientos, y vuelve contra vosotros las furiosas armas que habiais usado para herir á vuestros enemigos: estos son los tan decantados frutos que produce la venganza.

¡Qué diferentes son el puro deleite, la alegría verdadera, la dulce satisfaccion, que indudablemente causa en el alma el perdón y olvido de las injurias! Una accion heroica en que no puede tener parte el interés, la ambicion, ni la gloria mundana; un rasgo de generosidad á que no puede incitarnos la carne ni la sangre; un acto admirable de caridad ejecutado en obsequio de nuestro Dios, por solo el deseo de imitarle, por el solo gusto de servirle... Oh! ¡y cuán inmenso es el regocijo que semejante accion hace experimentar al alma del cristiano! No es po-

(1) *Matth. c. 6. v. 14.*

sible, dice san Juan Crisóstomo, que pueda Dios negar cosa alguna que le pida el cristiano en estas circunstancias. Bien puede con toda seguridad decirle con san Agustin: he cumplido por mi parte el mas arduo y difícil de tus preceptos; he hecho en obsequio de tu amor el mas costoso sacrificio; justo es pues que cumplas tú en mí la mas consoladora de tus promesas.

Y efectivamente el que observa con exactitud el precepto de amar á los enemigos, puede reconvenir á su Dios con firmeza y confianza, y este Dios bueno oirá con indecible gusto esta reconvenccion amorosa, manifestándole que si alguna vez tarda en acceder á sus ruegos, lo hace solo, á fin de que pueda conocer mejor el precio de sus gracias y recibir mas dulce, mas excesivo, mas inmenso deleite en la posesion de sus dones. Pero este mismo Dios, que solo anhela despachar favorablemente nuestras súplicas, nos enseña que el medio mejor, el mas eficaz, el único para conseguirlo, es el perdón de las injurias. Así es que nos dice por san Márcos (1): cuando molestados del hambre, afligidos de la enfermedad, oprimidos de la miseria, perseguidos de la tentacion, acosados en fin de todos los males, vayáis á dirigir á vuestro Dios las oraciones mas fervorosas, para que os libre de todos ellos, perdonád primero los agravios que hayáis recibido de vuestros hermanos, sofocád la ciega passion de la ira, amád entrañablemente á vuestros enemigos, y entónces yo os aseguro que correspondiendo á vuestro amor mi Padre celestial, los hará desaparecer en el momento, y os concederá la salud del alma por una remision completa de todos vuestros pecados. Pero si animados del criminal deseo de venganza os acercáis á sus piés, léjos de concederos lo que soliciáis, cerrará sus oídos por no escuchar vuestra peticion, os arrojará de sí lleno de furor, y hará caer sobre vosotros la mano severa de su terrible justicia.

Hé ahí, miserable vengativo, á dónde te conduce tu locura. Irremisiblemente has de pagar toda la deuda que has contraído con tus pecados. En la oscura cárcel del infierno serás oprimido con todo género de tormentos, pagando por una eternidad la injuria que con tu dureza has hecho á Dios, sin que jamas puedas repararla ni esperar el menor alivio. Y ¿es posible que aún no te decidas á perdonar de corazon á tus enemigos? á amarlos

(1) *Marc. c. 11. v. 24 et 25.*

como hermanos? ¿Aún te volverás á tu casa con la misma enemistad, con el mismo odio, con el mismo rencor que abrigabas en tu pecho, al entrar en el templo? Si así fuere, cristianos, esto es, si no os perdonáis verdaderamente unos á otros, si no os reconciliáis, no abráis jamas vuestros impuros labios para la oracion. En nombre de aquel Dios, cuyo ministro soy, aunque indigno, de aquel Dios altamente inclinado á perdonar, pero cuya justicia es inexorable, os conjuro que no oréis, que no claméis á las puertas de su misericordia, porque vuestras oraciones serán armas crueles que volveréis contra vosotros mismos. En tan lamentable estado no hay para vosotros perdon, no hay gracia, no hay sacramentos, no hay gloria, no hay remedio alguno. Aunque os acojáis al sagrado templo, aunque recurráis á las oraciones del sacerdote, aunque os coloquéis sobre el mismo altar, como el desgraciado Joab (1), allí os arrebataria vuestro enemigo Satanas, allí serian traspasadas vuestras almas, como lo fué el cuerpo de aquel infeliz, con los agudos dárδος de la divina venganza, de allí seriais arrancados para sepultaros en el lugar de la desesperacion y los tormentos. Dejad pues el nombre de cristianos, retiráos para siempre de la Iglesia de Jesucristo, renunciad los derechos que habiais adquirido al reino de los cielos, negad abiertamente... pero ¿qué voy á decir? Negad mas bien á vuestro corazon el impío deleite que tiene en vengarse de su enemigo; negad á vuestro interes, á vuestra vanidad, á vuestra mal entendida reputacion la satisfaccion que exigen de vosotros; olvidad enteramente las ofensas que habéis recibido de vuestros prójimos, y teniendo presente el precepto de Jesucristo, amadlos de corazon, aunque ellos os aborrezcan, hacédles bien, aunque os hagan mil injurias, tratádlos con consideracion y caridad, aunque os calumnien, dirigid por ellos las mas fervientes súplicas al trono de las misericordias, aunque os persigan; para que imitando la edificante conducta del Salvador, os hagáis acreedores como él al glorioso nombre de hijos predilectos del Padre celestial, y á la participacion de la herencia que os hará felices por los siglos de los siglos. Amen.

(1) III. Reg. c. 2. v. 29 et 34.

SERMON

DE LAS POCAS FUERZAS

QUE DEJÓ JESUCRISTO AL DEMONIO, DESPUES
DEL COMBATE DE LAS TENTACIONES.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA (1).

(DE EGUILITA.)

Ductus est Jesus à Spiritu in desertum, ut tentaretur à diabolo.
Jesus fué llevado al desierto por el Espiritu, para ser tentado del diablo.
S. Mateo, c. 4. desde el v. 1. al 11.

Hoy nos dice el Evangelio, amados fieles míos, que por impulso del Espiritu santo salió nuestro Redentor al desierto, como á campo de batalla, para luchar con el demonio en las tentaciones, con que sabia le habia de combatir. Quiso que fuera esta batalla en el desierto, y no en la ciudad, para que así fuese mayor su trabajo, pues no hay duda, que padece ménos el que tiene testigos de su penalidad, y es igualmente cierto, que el padecer á solas es la quinta esencia del padecer. Antes de las tentaciones, prosigue el Evangelio, ayunó su Majestad cuarenta dias y cuarenta noches, como en otro tiempo Moises (2) y Elías (3), sin gustar cosa alguna de comer ni de beber. Es médico piadosísimo, dice san Ambrosio (4), y como tal gusta la medicina mucho ántes que el enfermo, para esforzarle á que la beba y á que no le tenga horror; ó digamos con san Agustín (5), que

(1) Para este dia hay dos sermones en la pág. 94 del tomo primero y 1 del tercero de los de *Misión*, el uno sobre la grandeza de Dios, y el otro sobre el vicio de la gula.

(2) *Exod. c. 24. v. 18. et c. 34. v. 28.* (3) III. Reg. c. 19. v. 8.

(4) *Ambros. Serm. 39.* (5) *Aug. Serm. 77. de temp.*